

## **Narrar cómo va la Vida, mejor que saber qué es la Vida**

### **María Ángeles Turón Mejías**

Cuando reivindicamos la necesidad de la narración subrayamos la realidad temporal de lo humano en contra de todos los intentos de quererlo eternizar, como estudia apasionadamente Kojeve.<sup>1</sup> Naturalmente que *el inspirado* (místico o artista), estará tentado de volcar su inspiración en una sola palabra. Pero como la Palabra de los dioses anunciada por la Sybilla durante la danza báquica, la inspiración del artista o místico, *tendrá que ser narrada* por los sacerdotes.

Cuando los dioses han llegado a los humanos, se han dirigido a ellos por mediadores. Nunca los humanos han visto el rostro de Dios. Lo Infinito siempre ha sido recogido de forma muy finita por los humanos, en unas narraciones que llamamos mitos. Los pensamientos humanos son siempre *pensamientos mortales*. La necesidad de narrar proviene de esta estructura temporal de lo humano. Es el mismo hombre el que ante la complejidad y heterogeneidad de la realidad que le envuelve, necesita ir entendiendo en secuencias, poco a poco, escuchando una narración. Normalmente cuando el narrador se convierte en maestro que se empeña en meter en las cabezas de su auditorio *lo que son las cosas*, la gente se distrae. Se atiende mejor las narraciones en donde algún protagonista no narra lo que son las cosas, *sino cómo le va a él con las cosas y con la vida*.

Pienso que tanto la narración como la confesión parten de la necesidad humana imperiosa de contar la propia experiencia temporal. M. Zambrano lo formula así:

*«La confesión es una huida que al mismo tiempo quiere perpetuar lo que fue aquello de que se huye. Quiero expresarlo para alejarlo y para ser ya otra cosa, pero quiere al mismo tiempo dejarlo ahí, realizarlo.»<sup>2</sup>*

Próspero dice que estamos hechos de la misma sustancia de los sueños<sup>3</sup> Los sueños y las historias son connaturales al ser humano. Entendemos en forma de historia y nos expresamos narrando historias, secuenciando el tiempo. P. Ricoeur en su *Tiempo y Narración* preguntándose por la identidad del sujeto, concluye en una identidad narrativa o narrada, puesto que «la pregunta por el ser del yo se contesta narrando una historia, contando una vida. Podemos saber lo qué es el hombre atendiendo la secuencia narrativa de su vida.»<sup>4</sup>

La identificación subjetiva a la que nos conduce la narración no es otra que una *identificación narrativa*. La narración identifica al sujeto en el relato de sus actos. Sin narración no hay identificación posible del individuo ni de los pueblos. Se puede hablar de la identidad del hombre pero de forma narrativa.

*«La historia narrada dice el quién de la acción. La identidad del quién no es ella misma, más que una identidad narrativa. Sin el recurso de la narración, el problema de la identidad personal está, en efecto, condenada a una antinomia sin solución: o bien se piensa en un sujeto idéntico a sí mismo en la diversidad de sus estados, o bien sostiene que este sujeto no es sino una ilusión sustancialista.»<sup>5</sup>*

Con lo que llevamos dicho podemos contestarnos *por qué narrar*. Refiriendonos al modo de narración característico de las novelas ha contestado en su magnífico estudio sobre la novela, R. Bournef:

«Se leen novelas para compensar ciertas lagunas de experiencia [...] para amueblar el silencio, para moderar el miedo o conjurar la muerte. Sharazade en *Las Mil y una noches*, salvará la vida, si la historia que cuenta dura hasta que el sol se levante [...] El imaginario de la novela crea individuos hechos de la misma sustancia que nosotros, presos en el mismo tejido del espacio y del tiempo, que viven mundos complejos y desconcertantes con todo el poder de la fascinación. Lo que intentamos al coger una novela es hallar un hombre de acuerdo con nuestro corazón, vivir tragedias y alegrías que no tenemos el coraje de provocar nosotros mismos, soñar sueños que hagan la vida más apasionante y, quizás, también descubrir una filosofía de la existencia que nos vuelva más capaces de afrontar los problemas y las pruebas que nos embisten.»<sup>6</sup>

Probablemente el relato surge de la necesidad radical de fabulación ínsito en el inconsciente del hombre; cada uno de nosotros debe inventar historias en las que pueda proyectarse como protagonista, y escuchar otras donde reviva su *alter ego*, sublimado y heroicizado. En nuestro tiempo el sueño se prolonga en las películas, la notoriedad en el tebeo, la *mitopoiesis* individual y de masa en la novela. Tal vez no se ha estudiado todavía con profundidad la relación que une al narrador con el lector, ese canal complejo a través del cual discurre el flujo y el reflujo de la imaginación, los fantasmas de una creación bipolar e inacabada. ¿Por qué perseguimos a estas figuras ficticias como si fuesen verdaderas, vivimos su destino como una catarsis, las investimos de tanta responsabilidad y ejemplaridad para el bien y para el mal?

Quizá el relato es la arena de una sublimación más amplia del Eros y Thanatos freudianos, la tela de encuentro y desencuentro de proyectos existenciales en equilibrio entre la realidad y la utopía, el ideal y lo desechado, el deber y lo prohibido, la bondad y el sadomasoquismo, lo seguro y la evasión.

Nos podemos seguir preguntando qué ocurriría, en el espacio que conocemos como el propio del filosofar, si desplazáramos su tópica pregunta fundacional: ¿qué es esto?, que es la pregunta filosófica primordial y la sustituyéramos por otra tal como: ¿qué pasa?, se alcanzaría esa tierra de nadie, que permitiría comenzar a pensar, con toda la humildad pero con todo el encono, sin hacernos trampas, la eterna pregunta en filosofía sobre lo que son las cosas.

¿Y si en lugar de recortar así el dominio de lo que está por pensar y el modo como debe ser pensado, comenzáramos preguntándonos simplemente por *el qué de las cosas que (nos) pasan?* ¿Qué pasaría entonces?

## Notas

1. Cfr. *Nota sobre la eternidad, el tiempo y el concepto* en: A. Kojève, *La antropología y el ateísmo en Hegel*, Buenos Aires 1985, pág. 92 y ss.

2. María Zambrano, *La confesión: Género Literario*, Madrid 1988, pág. 21.

3. También a propósito de esta frase escribe Schelling: "*La materia es espíritu en sueños*", para que el espíritu se revele también como materia en el devenir. Esto también nos hace pensar en el *sueño de las mónadas* de Leibniz y en el *espíritu cristalizado* de Hemsterhuis. Ver *Historia Filosofía*, Siglo XXI, capítulo VI, pág. 34.

4. P. Ricoeur, *Tiempo y Narración*, Madrid 1987, pág. 30.

5. *Ibid.*, pág. 30.

6. Bourneuf R. y Oullet R., *La novela*, Barcelona 1975, pág. 28.